

Dilemas y oportunidades del conocimiento abierto

Los análisis más habituales sobre la sociedad de la información o del conocimiento suelen obviar y ningunear los intentos de construir alternativas a la mercantilización dominante a través del denominado conocimiento abierto (CA). Dicho movimiento trata de distribuir de forma libre bienes intelectuales públicos y de propiedad común y se erige como una posibilidad de desarrollo muy interesante para la economía solidaria. Potencialmente, el reto del conocimiento libre representa una alternativa real a la comercialización desenfrenada del conocimiento y la reivindicación de valores para un cambio social responsable. Sin embargo, uno de los trances o desafíos más duros de tales iniciativas tiene que ver con las mitificaciones e idealizaciones que se cuelan en los imaginarios tecnológicos y sociales. Solo un planteamiento que sortee las trampas del determinismo tecnológico o del fetichismo cibernético podrá realmente utilizar el conocimiento abierto como elección real para una economía solidaria que merezca la pena.

«De pronto, en las más tenebrosas profundidades del invierno,
encontré dentro de mí un invencible verano»

Albert Camus

Las palabras, como ciertos insectos, nacen, crecen, se reproducen y después mueren. Ese ciclo vital del lenguaje hace que vocablos desconocidos hace muy poco tiempo, campen a sus anchas actualmente y, con toda probabilidad, desaparezcan a la mayor brevedad. En los últimos años, la idea de «sociedad de la información» se convirtió en el cartel luminoso estrella que presidía toda reflexión social o económica que se preciara. No era posible poner un pie en el terreno intelectual durante la década de los noventa sin incluir dicha expresión un número alto de veces bajo el riesgo de quedar excluido de los circuitos de pensamiento *mainstream*. Unos años después, en un abrir y cerrar de ojos, se pasó a hablar de «sociedad del conocimiento» y de «innovación», usurpando el trono que otrora poseyera «sociedad de la información».¹ Estas nuevas palabrejas

Igor Sádaba es profesor del departamento de Sociología IV (UCM)

¹ Obviamente estas no son las únicas etiquetas que pugnan por imponerse: aldea global, sociedad red, sociedad posindustrial, informacionalismo, posfordismo, sociedad digital, cibernética, sociedad on-

populares continúan hoy día monopolizando discursos y soflamas. Desde entonces, la economía de la información y el conocimiento está en boca de propios y extraños como un mantra incuestionable que se repite sin cesar. Por mucha crisis que nos azote, la opinión pública y publicada continúa recitando la cantinela de que la mezcla agitada de nuevas tecnologías y creatividad empresarial será la que nos salve del pozo financiero y recuperará los lúgubres indicadores macroeconómicos. En ese sentido, existe un consenso, sospechosamente uniforme y aterradoramente acrítico, respecto al papel que deben jugar las tecnologías digitales de la mano de las empresas en la recuperación de la bonanza y el crecimiento. Desde alrededor de los años ochenta,² principio del ciclo de crisis en el que ahora nos ubicamos, no por casualidad las creencias en que el motor privilegiado del crecimiento económico es la innovación tecnológica han ido cristalizando paulatinamente hasta convertirse en dogma de fe.³ Precisamente ahora, en tiempos de apuros y turbulencias, el horizonte que dibujan las innovaciones técnicas y la economía de la creatividad se postulan ciegamente como única vía de salida a las mismas.

Ciencia, cultura, conocimiento e información no son mercancías en sentido estricto, solo pasan por el filtro mercantil gracias a complejas operaciones de apropiación

A la vez, la manera en que se ha extendido y generalizado para describir el paradigma económico-tecnológico que se abre, ha focalizado su mirada en elementos que sin ser irrealistas no son únicos. Se ha hablado sobremanera de la fluidez de la nueva economía, de su lado financiero, de los mercados internacionales, del debilitamiento de lo local o lo geográfico e ítems similares. Esto es, se ha remarcado a más no poder la dimensión simbólica y etérea del tejido económico planetario. Una visión correcta pero que sombrea otros factores o procesos también en marcha. La consecuencia es que todo ello ha formado un paraguas rígido sobre el cual resbalan otro tipo de explicaciones o descripciones alternativas. Todas las resistencias o diferencias con el capitalismo global oficial han quedado relegadas a una serie B con poca audiencia. Nuevamente, una mano invisible impersonal pareciera que diri-

line, modernidad líquida, modernidad reflexiva, capitalismo desorganizado, economía de lo inmaterial, economía del talento, capitalismo cultural, semiótico o informacional, etc., son otros términos en boga.

² Uno de los pioneros fue el Gobierno laborista de Tony Blair que, en 1997, acuñó con cierta originalidad el término «industrias creativas» (que acompañó de numerosas campañas) con la intención de ofertar una salida al estancamiento económico que sufría su país.

³ A tal punto que una de las biblias de la economía liberal actual escribía hace no mucho: «La innovación se ha convertido en la religión industrial de finales del siglo XX. Para las empresas es la clave para aumentar el beneficio y obtener cuota de mercado. Los gobiernos recurren automáticamente a ella cuando se trata de introducir ajustes en la economía. La retórica de la innovación ha sustituido en todo el mundo al lenguaje propio de la economía del bienestar de posguerra. Las nuevas tecnologías unen a la izquierda y a la derecha» (*The Economist*, «Survey on Innovation in Industry», 17 marzo 1999) [La traducción es nuestra].

ge la evolución terrenal donde viscosos flujos de activos o mercancías surcan los aires y donde cada país lo más que puede hacer es ajustarse fuerte los cinturones y volar al compás que dictan tales corrientes. En ese sentido, la economía del conocimiento se ha abordado siempre en términos de aplicación mercantil de las nuevas tecnologías, buscando la gallina de los huevos de oro en el campo digital a través de una intensificación creciente de la sacrosanta competitividad. Se ha repetido sin descanso la idea del descubrimiento de un nuevo yacimiento de valor, una novedad productiva que se intenta hacer pasar por el aro de la comercialización estándar. Esta tendencia a buscar la máquina del dinero en cualquier campo ha obviado las especificidades y singularidades de un mundo tan digitalizado y mediatizado donde hay quien se sale de un desfile tan orquestado.

Recordemos, no obstante, que ciencia, cultura, conocimiento e información no son mercancías en sentido estricto y que solo pasan por el filtro mercantil gracias a complejas operaciones de apropiación (propiedad intelectual e industrial, copyright y patentes) y que, además, conservan ciertas características (reproductibilidad y copiado a bajo coste, distribución muy barata, no rivalidad y uso compartido ilimitado, etc.) que no permiten mantener un negocio típico con ellas. Para ello, las industrias culturales y las corporaciones científico-tecnológicas han desarrollado dispositivos de valorización económica de tales intangibles, desarrollando métodos novedosos para el mercadeo con fórmulas, partituras, líneas celulares y demás elementos intelectuales. Durante siglos, se ha movilizad el derecho y toda la cultura legal para poder generar una economía del saber que fuera realmente productiva y beneficiosa. Desde finales del siglo XIX, por ejemplo, se ha ido retocando y metamorfoseando el sistema de patentes (nacional y mundial) para poder ir agregando nuevos objetos (vegetales transgénicos, bacterias sintéticas, medios para el almacenamiento digital, etc.) a la regulación requerida por las industrias culturales y tecnológicas.⁴ Basta con echar un ojo a las miríadas de leyes, acuerdos, documentos, directivas, organismos (locales e internacionales) que han nacido en los últimos 20 años al calor de este supuesto ciclo de economía creativa.

La llegada inesperada del conocimiento abierto

En este contexto de dominio discursivo de la crisis y de la economía del conocimiento como puntales centrales del recién estrenado siglo, numerosos fenómenos menores o marginales han pasado desgraciadamente desapercibidos para el común de los mortales (la atención del ciudadano medio, por desgracia es limitada). Uno de ellos, cuantitativamente por debajo

⁴ Un bonito y desconocido libro de D. Noble, *El diseño de EEUU*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1987, mantiene la tesis de que el despegue triunfal de EEUU a principios y mediados del siglo XX tiene mucho que ver con la reformulación de su sistema de patentes y la capacidad para aunar industria y tecnociencia a través de la figura del ingeniero, mitad inventor, mitad empresario, cuyo ejemplo más paradigmático es Thomas Edison.

de otros procesos pero cualitativamente muy relevante es el *conocimiento libre o abierto* (CA en adelante para abreviar). Dicho conjunto vasto y heterogéneo de proyectos, movimientos y casos emerge como un híbrido extraño de intentos de producción y circulación colectiva y no mercantil del conocimiento. En otras palabras, nos referimos en primera aproximación a aquellos procesos en los que el conocimiento, la ciencia, la tecnología o la cultura se entienden como un bien público.⁵ Tales objetos poseen el rasgo estructural de ser no rivales y no excluyentes (compatibles sin ningún problema). Sin embargo, hemos indicado que son bienes públicos en una primera aproximación porque en un segundo paso hay quien ha matizado que estamos hablando, realmente, de “bienes comunes”. Estos últimos son bienes públicos que además son de propiedad colectiva o que no son propiedad privada (mientras que en los bienes públicos no hay referencia a la propiedad de los mismos). No vamos a caer en las tentadoras disquisiciones teóricas, que hay muchas, sobre estos temas porque aquí los términos se bifurcan y propiedad pública, propiedad común, procomún, *peer production* (Michel Bauwens), *crowdsourcing*,⁶ etc., son palabras ligeramente diferentes pero que quieren atrapar este tipo de fenómenos.

Campos diversos y ejemplos infinitos del *boom* del conocimiento libre o abierto, de la cultura y la ciencia en común, pueblan las agendas globales actuales. A tal punto que la marea irrefrenable del CA ha conseguido convencer a instituciones y organismos de muy diversa índole.⁷ Desde universidades a empresas, desde instituciones científicas a movimientos sociales, todos se han visto tocados o interpelados acerca de su posición respecto al mismo.

En general, los adeptos del CA se sitúan a un lado de la barricada en las guerras de propiedad intelectual e industrial, tratando de cortar los filtros y las barreras a la difusión pública de información y saber. Por tales guerras se pueden entender los conflictos en los que se dirigen los regímenes de regulación de los bienes del conocimiento y la cultura. Dichas fricciones han centrado mucha de la acción política y social de los últimos 20 años de manera apabullante, excediendo el estrecho campo artístico o cultural donde están los casos más visibles (SGAE o la cruzada anti-“piratería” por citar un tema omnipresente). Podríamos adentrarnos en millones de casos o acontecimientos aparentemente lejanos donde las

⁵ Elinor Ostrom, la premio Nobel de economía de 2009, una persona nada sospechosa de escuchar los cantos de sirena ajenos a las economías de mercado dominantes, define los bienes públicos como aquellos que están disponibles a todos y para los cuales, el uso de ellos por parte de una persona no subtrae del uso por otros. Resulta cuando menos llamativo que un galardón tan connotado (especialmente en economía) vaya a parar a una persona dedicada a estos temas.

⁶ Anglicismo que intenta describir a masas o multitudes formadas por participantes voluntarios generando algún tipo de actividad o trabajo de manera coordinada.

⁷ Por ejemplo, recientemente, editores, bibliotecarios, agencias de financiación, rectores de las universidades y autores reunidos en Granada el 13 y 14 de mayo de 2010, en el marco del «Seminar for Open Access to Science Information», realizaron la declaración de la Alhambra sobre el acceso abierto promulgando una apuesta decidida por todos los tipos de CA en Europa. Véase: <http://oaseminar.fecyt.es/Publico/AlhambraDeclaration/index.aspx>. Previamente la Iniciativa de Acceso Abierto de Budapest (2001) o la Declaración de Berlín (2003) iban en la misma línea.

luchas por el tipo de propiedad de elementos inmateriales son trascendentales: investigaciones académicas, acuerdos multilaterales regionales, razas clonadas de animales, semillas transgénicas, vida artificial, cánones culturales, tasas e impuestos a dispositivos de almacenamiento digital, el mercado de sistemas operativos y navegadores, telecentros en zonas pobres, reuniones enteras de la OMC, vida y milagros de productoras cinematográficas, medicamentos vitales ante pandemias, etc.

El conocimiento abierto resulta una especie de familiar bastardo que cuestiona el egoísmo antropológico del mercado instalado en nuestras conciencias

Además de una anomalía salvaje en un capitalismo cada vez más omnívoro y extenso, campante a sus anchas por muchos baches que encuentre, el conocimiento abierto resulta una especie de hermano incómodo de las industrias del conocimiento. Un familiar bastardo que cuestiona el egoísmo antropológico del mercado instalado en nuestras conciencias produciendo bienes comunes y bienes libres pero a la vez abriendo un vasto campo de experimentación social. Por todo ello, en apenas un par de décadas, ha amanecido este repentino modelo de producción cultural, científica y hasta tecnológica que no parece seguir los patrones marcados de antemano. El CA toma forma como un esquema para generar y compartir que no es la reproducción mecánica de lo mismo de siempre. A primera vista, presenciamos un extravagante envite o una original jugada que contradice ese individualismo posesivo que todos asumimos cuando pensamos que las leyes de oferta y demanda son talismanes intocables. Insisto en esto porque el CA ha tenido la virtud de sacarnos de ciertas posiciones inamovibles en torno al pesimismo general sobre la posibilidad de encontrar alternativas al pensamiento único. Ha permitido revalorar la cooperación y atribuirle la importancia que se merece, además de ayudar a entender los procesos de trabajo colectivo. Igualmente ha abierto las compuertas de un debate inabarcable y complejísimo sobre las formas de retribución, pago y reconocimiento de las actividades artísticas, culturales y científicas; una discusión que ha vertido ríos de tinta y que seguirá abierto mucho tiempo. También se ha vuelto a dar luz a las cuestiones eternas sobre lo público y lo privado, sus fronteras móviles y sus modos de relación. Así que la nueva economía de lo inmaterial no solo se nutre de mercados financieros u organismos internacionales, ni siquiera de controvertidas entidades de gestión de derechos de propiedad intelectual, también de películas de distribución libre (*El Cosmonauta*, <http://www.elcosmonauta.es/>), de datos científicos de acceso libre (Dialnet, <http://www.doaj.org/> o <http://www.plos.org/>), de la elaboración de mapas colectivos (www.openstreetmap.org), de librerías abiertas de fuentes y clip-arts (<http://www.openclipart.org/>) y otros ejemplos de contribuciones masivas por Internet.

Conocimiento abierto y economía solidaria

Repetimos, en unos pocos años de edad, llegando a cierta madurez adolescente, el universo del conocimiento y la cultura libre se postula en la línea de salida como una posible alternativa al modelo oficial. Por tanto, y aquí queríamos llegar, el conocimiento libre puede ser una magnífica excusa para abrir actuaciones coherentes y prometedoras en el campo de la economía solidaria. Representa, en la mayoría de sus variantes, un intento por cuestionar y reinventar los métodos de producción y circulación de los objetos culturales o tecnocientíficos. Quizá no tanto en términos de puro éxito material o bajo el prisma de evaluaciones obsesionadas con la eficacia (donde no siempre es posible competir con la opción privatista). En ese terreno, los experimentos tutelados por el conocimiento libre o abierto no pueden rivalizar con los años de carrera mercantil y valor capitalista. Pero sí en términos morales o de elaboración teórica, en los fines que persigue y en la catadura moral que predica donde la cooperación es su bandera y la producción colectiva su más ansiado fin. Por todo ello, el CA está comenzando a ser uno de los vectores de la economía solidaria del siglo XXI donde proyectos de *software* libre, enciclopedias cooperativas (Wikipedia a la cabeza), licencias libres (Creative Commons), bancos de semillas abiertos, repositorios celulares libres o bibliotecas digitales con acceso total sean referencias de paso obligado.⁸ Es decir, muchos proyectos vinculados al desarrollo tecnológico y a los sector solidarios o de activismo social han puesto un pie en ciertos recursos libres (el *software* libre, por ejemplo), incorporándolo como opción estratégica general. Esa aparente renuncia al beneficio lucrativo se postula desde el trabajo colaborativo y hacia una propiedad pública y común (devolviendo a lo social la creación).⁹

Es cierto, y nobleza obliga reconocerlo, que la mayoría de estos casos de CA emanan y viven bajo el manto del mundo digital y que son posibles precisamente por las características del mismo. Sin embargo, este dominio de lo inmaterial donde resulta más factible la cooperación descentralizada no debe hacernos olvidar que se ha abierto un intento de extrapolar las experiencias a objetos o procesos no digitales, más clásicos y pesados, que han pasado a intentar gestionarse también de manera pública y común; un reguero que se extiende velozmente.

Asignaturas pendientes del CA y las resbaladizas pendientes que le rodean

Lo interesante, por tanto, es que el CA a pesar de su situación cuantitativamente menor en comparación con otros modelos hegemónicos sirve como esquema enfrentado a los mis-

⁸ Incluso en nuestro país, algunas organizaciones como Acsur Las Segovias o REAS (<http://www.economiasolidaria.org/node/3752>), por poner solo un par de ejemplos, han apostado decididamente por ello.

⁹ Véase, v. g., http://www.investig.net/blog/miren/por_qu_software_libre_la_cultura_libre_es_econom_solidaria

mos, cuestionando algunas de nuestras más asentadas asunciones sobre la economía de mercado; una prueba evidente de que aceptamos como universal y eterno un tipo histórico y contingente de patrón socioeconómico.

Ha resonado hasta la saciedad la palabra cooperación sin que se cuestionen las condiciones para la existencia de comunidades y para la creación real de bienes públicos y comunes

No obstante, el CA y las aplicaciones orientadas hacia una economía solidaria, sea en la versión que sea, corren serios riesgos y encontrarán numerosas piedras en su camino. El catálogo de problemas y cortapisas es extenso y no tiene mucho sentido hacer acopio ahora de una lista interminable. En general, se encontrará con los problemas derivados de su competencia a los cánones oficiales de las industrias culturales y tecnocientíficas, básicamente por el hecho de estar ubicada contracorriente. Sin embargo, que las condiciones históricas y que el contexto no es el más propicio es algo obvio que no tiene por qué ser recordado nuevamente, especialmente cuando su crecimiento es un hecho constatable en los últimos años. Resulta redundante lamentar, por enésima vez, la poca receptividad que tienen proyectos basados en trabajo cooperativo, sin fines lucrativos directos o distribuidos bajo licencias libres. La galaxia del conocimiento abierto es un magma disperso y desarticulado de pequeñas islitas donde cualquier evaluación de su fortaleza o estructura nos llevaría tarde o temprano a diagnosticar múltiples debilidades o raquitismos, todos los propios de los movimientos alternativos o de los planes que nadan contra la corriente.

Tiene más interés enfatizar los desafíos internos, los conflictos propios o endógenos, particulares de su objeto o de sus metas, que arrastran los movimientos orientados a generar este tipo de CA. A fin de cuentas, somos esclavos de nuestros defectos y remolcamos mucho más inconscientemente contradicciones e inconsistencias que dificultades externas, normalmente más fáciles de identificar. No en vano, uno de los grandes problemas que enfrentan tanto la economía solidaria como el CA es su propia idealización, generando un mito que paralice la realidad. Caer en predicciones apocalípticas o en utopías estériles e indigestas es una patología muy propia del quehacer alternativo que cuando encuentra una veta para explotar le suele entrar un ataque de narcisismo desenfrenado. Solo escapando de las fábulas progresistas podremos construir cambios posibles y necesarios.

Uno de ellos, que me preocupa notablemente, es el riesgo de caer por la resbaladiza pendiente del “fetichismo tecnológico”. Por tal palabra se puede entender aquella mirada que idealiza los objetos tecnológicos más allá de su marco histórico y social, arrancándolos del contexto en el que se ubican. Me refiero a esa postura que se obsesiona ciegamente

con la imposición de la eficacia técnica por encima de otros criterios y, dejándose llevar por el optimismo de la voluntad para los vientos que soplan, acaba asignando a las tecnologías capacidades extremas y necesariamente positivas.

El recurso frecuente a los tópicos generales auspiciados por el mercado tecnológico y las grandes firmas digitales nos transforma en replicantes de las arengas que criticábamos al principio del artículo. Afloran en nuestra boca ideas y modismos como: conectividad, reticularidad, instantaneidad, globalidad, interactividad, etc., haciendo que, en ocasiones, olvidemos donde tenemos los pies. Por ejemplo, aceptamos acríticamente que todo uso técnico moviliza o genera conocimiento (como si una teleoperadora fuera una trabajadora intelectual) y que todo conocimiento produce valor económico o social (ver videos de caídas absurdas en Youtube es ser participativo). De esta forma, adscribimos a los teléfonos móviles, a las redes P2P, a los *blogs* características intrínsecamente buenas o provechosas y abrazamos sin reparo la avalancha de baratijas tecnológicas que inunda nuestra cotidianidad con la mejor de nuestras sonrisas. Todo ello porque atribuimos a estos artefactos habilidades inherentemente fructíferas para nuestras relaciones sin apenas reparar en ello. Nos apresuramos a pensar que cualquier herramienta técnica enriquece como si fuera un auténtico complejo vitamínico nuestra sociabilidad o cualquier proyecto solidario. Las nuevas tecnologías, en el formato monodosis 2.0 que nos proporcionan las compañías punteras, vendrían a solucionar automáticamente los problemas de desarrollo, la creatividad artística, los vínculos comunitarios o nuestra tímida vida social por poner algunos ejemplos. Otro ejemplo sutil de las arenas movedizas en las que se sitúan las nuevas tecnologías tiene que ver con la idea de inevitabilidad. Es moneda común en conversaciones y comentarios sobre el papel de las organizaciones solidarias la irrefrenable obligación o necesidad de incorporarse a las herramientas cibernéticas sin ningún pero ni revisión. La retórica tecnológica es muy apocalíptica y no permite fisuras ni dudas. Así, incluso propuestas de emancipación o de cambio social radical son muy propensas a mezclar o confundir la cantidad de vínculos comunitarios con la calidad o la fuerza y a aplicar maquillaje tecnológico a cualquier trabajo organizativo para no perder la ola digital.

Muchos de los adeptos al CA caen peligrosamente en las trampas del determinismo tecnológico o del fetichismo tecnocientífico, formulando un discurso positivista y pragmático donde los haya. Un ejemplo del contagio que estamos alertando se observa cuando se argumenta la necesidad de apostar por el *software* libre, las licencias Creative Commons o de rechazar de plano los cánones y licencias similares por una simple cuestión de eficacia técnica; porque la difusión del saber se garantiza de otras formas y no porque dichos modelos de distribución de conocimiento son moralmente buenos. El coqueteo con ciertos modelos de negocio o con determinadas instituciones corporativas, ha conducido a algunos promotores del CA a restarle potencia al mismo mediante su conversión en otro chiringuito del Nasdaq. La obsesión por ser innovadores, incluso desde sectores solidarios o movimientos alterna-

tivos, por ser competitivos a través de la creatividad o por relanzar la eficiencia de nuestras intervenciones, nos transforma metafóricamente en empresarios de la tecnología.

El determinismo tecnológico así materializado (en un fetichismo del artefacto o del aparato) define en gran medida el imaginario tecnológico fin de siglo XX, un paradigma adscrito a cierto progreso material y técnico indefinido que no es fácil sacudirse. Dicho determinismo, en algunas vertientes *light* o más suaves ha sido uno de los modelos de explicación favorita en ciencias sociales.¹⁰ Así que quienes más martilleaban las viejas teorías marxistas por su intolerable determinismo económico han terminado optando por un sutil pero idéntico esquema de pensamiento que ha sustituido los modos de producción por los medios de comunicación. El liberalismo, en sus diferentes versiones nos abocó a pensar en términos individuales para no quedar atrapados en los tics deterministas de los setenta pero a costa de cambiar, como un truco de trileros baratos, de una fantasía a otra. De esta forma, el viejo determinismo tecnológico que pensábamos muerto y enterrado con el futurismo de principios de siglo, convive, vivito y coleando, entre nosotros y revive constantemente. La moraleja es que las utopías cibernéticas, tan tentadoras y succulentas, encierran en su interior oscuras y venenosas serpientes de las que el CA debería tomar distancia o prevenirse.

Estirando levemente esta idea, otro de los escollos con los que se puede tropezar es otra de las idealizaciones inmediatas que cometen muchos proyectos de CA: la idea de cooperación. Concepto excesivamente escurridizo y maleable, que ha dado no pocos quebraderos de cabeza a los teóricos de la cooperación y que se ha usado con frecuencia en estos temas. La colaboración colectiva contagiosa que se ha producido en la escritura de un artículo de Wikipedia o en la compilación del núcleo de Linux ha hecho florecer un optimismo ingenuo que ha hecho pasar cualquier tipo de actividad cibernética masiva como un ejemplo de altruismo cooperativo. Descargar gratuitamente un manual de agricultura china o chatear sobre el mundial de fútbol no implica un proceso cooperativo. La espontaneidad ha sido, y es, la tónica general de las transacciones cibernéticas y las jerarquías entre expertos y voluntarios están mucho más marcadas de lo que se piensa en los proyectos de CA. Las comunidades de conocimiento abierto poseen líderes y gurús que desequilibran la supuesta horizontalidad de este “tercer sector tecnológico”. De esta forma, ha resonado hasta la saciedad la palabra cooperación sin siquiera cuestionarse las condiciones para la existencia de dichas comunidades y para la creación real de bienes públicos y comunes. Anonadados ante los éxitos del CA (Wikipedia, Linux y el *software* libre, etc.), nos hemos atontado viendo sus fuegos artificiales y poniendo el sambenito o la etiqueta cooperativa a todo proceso donde había más de una persona, independientemente de razones, motivos o realidades. La era digital genera muchas situaciones de soledad, anonimato y práctica indi-

¹⁰ Así lo atestiguan L. Smith y R. Marx en su libro *Historia y determinismo tecnológico*, Alianza, Madrid, 1996.

vidual distante que solemos interpretar, de manera algo equívoca, en términos de participación cooperativa.

Para finalizar

Todo ello, puestos a hacer una valoración más general (que exceda al CA), nos devuelve el crudo retrato de nuestro mundo: sociedades ilusoriamente secularizadas pero atrapadas sin remisión en un providencialismo actualizado donde innovación tecnológica y mercado son tótems y tabús que rigen nuestros destinos. Por muy modernos que nos creamos, hemos acabado asignando a factores impersonales (objetos y máquinas) cualidades que guían fatalmente la historia gracias a la autonomía e independencia que otorgamos a los sistemas técnicos. Hemos creado relatos que esconden un fetichismo que hace que las tecnologías funcionen como hilos invisibles conductores de lo social y donde nuestro papel es siempre de secundarios.

El problema es que, además del lastre que puede suponer arrastrar fábulas tecnológicas, la mirada utópica que encontramos en muchos movimientos solidarios o proyectos de CA proyecta una imagen del campo tecnológico como un ente monolítico totalmente definido y continuación directa y natural de las industrializaciones anteriores. En cambio, aquí defendemos que el espacio sociotecnológico es un universo a definir y conquistar día a día. Si el capitalismo mundializado que nos gobierna es tan dependiente de la apropiación y la valorización de los bienes intelectuales, el CA precisamente sirve como auténtico palo en las ruedas de una globalización financiera desbocada. Estamos ante uno de los ejes rectores del modelo socioeconómico venidero y en definición; algo que puede percibirse en la importancia de los bancos de semillas, la genética industrial, las patentes sobre mecanismos digitales, el canon bibliotecario o, la persecución de la copia o las descargas ilegales, endurecimiento de los regímenes de propiedad intelectual, etc. Recapacitar y especular, de alguna manera, con intercambios no mercantiles significa pensar en relaciones sociales no mercantilizadas. El capitalismo salvaje se encuentra incrustado en una tupida red de vínculos e interacciones sociales que se ven influenciados o configurados por el orden económico internacional. Una alteración de las condiciones de existencia económica o en los modos de producir riqueza implica un cambio en el conjunto de relaciones sociales. Cortocircuitar la creación de valor económico, sea de una manera u otra, significa perturbar muy radicalmente el tipo de sociabilidad en la que estamos insertos. El CA se sitúa en la encrucijada o concurrencia de muchas tensiones, pero la principal tiene que ver con la privatización generalizada de todos los objetos sobre la tierra (el conocimiento uno de ellos) y los intentos de resistirla (atizando las cenizas de lo público y comunitario). Liberémonos de los corsés mitológicos y hagamos del CA la base para una economía solidaria real y coherente para el siglo que recién estrenamos.